

EL ANALISTA EN LA CIUDAD / la cuestión murciélagos.

Enrique Tenenbaum
(Trilce/Buenos Aires)

Presentación en las VII Jornadas 2016, de **Trieb, Institución Psicoanalítica**

Tucumán, 3 de diciembre de 2016

Hace unos pocos días escuchaba, vía YouTube -uno de los significantes ciudadanos por excelencia-, una canción interpretada por *Anthony and the Johnsons*, una formación de la que tuve noticias a partir de una película de ficción sobre la vida del hoy Premio Nobel Robert Zimmerman, conocido como Bob Dylan.

En los comentarios agregados a la página alguien preguntaba si quien cantaba no era *anhony*, escrito así, con minúsculas. Intrigado por esa palabra que no reconocía en la lengua inglesa -quizás por no practicarla- me dirigía otro significativo ciudadano por excelencia: Wikipedia. Allí me entero que Anhony, ahora con mayúsculas, era el nuevo nombre que se había dado Antony Hegarty -el Antony del grupo musical-, haciendo pública por ese acto su posición respecto del género al cual se identifica: un cambio de nombre, un nombre nuevo: Antony es él, Anhony es ella.

Como vemos, suben muchos nombres a la escena, muchos nombres propios que marcan la incidencia de la problemática de la nominación en la vida actual.

Leyendo una nota sobre ella, y mientras escuchaba su música envolvente y -diría yo- post naif o post new-age -y así siguen los nombres- me encontré con una respuesta de Anhony que me orientó acerca de lo que hoy quiero plantear en esta Jornada.

Al preguntarle sobre cómo una artista, que está trabajando fuertemente en una estética y una política feministas, se mantiene “en alianza”, enlazada, al pronombre personal masculino, ella responde así:

“I leave it up to others to decide what pronoun to use,” she wrote back. “My closest friends and family use feminine pronouns for me. I have not mandated the press do one thing or another... In my personal life, I prefer ‘she’. I think words are important. To call a person by their chosen gender is to honor their spirit, their life and contribution. ‘He’ is an invisible pronoun for me, it negates me.”

Como podemos notar, no hay en esa respuesta el menor atisbo de reivindicación ni de militancia feminista ni transgénerica, ni nada por el estilo. Ella, ella prefiere que se la nombre con el

pronombre femenino, pero nada hará en relación con aquellos que la llaman “él”, ya que -para ella- “él” es un pronombre invisible, no la nombra.

Me recuerda a aquellas personas que tuvieron un apodo o un sobrenombre en determinada época de su vida y que tiempo después escuchan con extrañeza que se dirigen a ellas con un apelativo que se les hace opaco, al que no son indiferentes pero que ya no las nombran.

El modo muy sintético en que Anghony sitúa que se trata de palabras, que las palabras son importantes, orienta -a mi modo de ver- un modo de abordar la cuestión del género, tan en el candelero hoy en día, en términos de cómo se dicen las cosas, más que qué se hace con las cosas.

Freud advertía, cuando se le reprochaba haber convertido al Psicoanálisis en un pansexualismo, que “se empieza por ceder en las palabras y se acaba a veces por ceder en las cosas. No encuentro mérito alguno en avergonzarse de la sexualidad. La palabra griega Eros, con la que se quiere velar lo vergonzoso, no es, en fin de cuentas, sino la traducción de nuestra palabra Amor. Además, aquel que sabe esperar no tiene necesidad de hacer concesiones.”

¿Qué debemos esperar, entonces? ¿Que las palabras adecuadas se vayan acomodando al lugar que deben tener en el campo del lenguaje?

Homosexual, lesbiana, gay, transexual, travesti, queer, shemale, andrógino... y siguen los nombres.

Hoy no hay palabras que puedan recubrir el universo proteico de las nominaciones de género. ¿Las habrá algún día?

La llamada Asociación Psiquiátrica Americana sostiene que hay al menos tres ejes sobre los que apoyarse para tratar la problemática de género, una vez que en el DSM se eliminó el “trastorno por identidad de género”, pero conservando la “disforia de género”. Estos ejes son: el sexo atribuido -esto es: cómo se ha anotado al bebé en el acta de nacimiento-, la identidad de género -esto es: el género al cual el sujeto se identifica-, y la elección de objeto -esto es: homosexual o heterosexual.

Como se ve, se intenta abordar una nueva dificultad con más dificultades. ¿Qué tenemos para decir sobre este asunto? ¿Qué decimos cuando por la brecha abierta por Freud nos encontramos con que las consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica no siguen los desfiladeros de la bisexualidad, sino que nos catapulta hacia otras posibilidades? ¿Qué posición tomamos cuando la propuesta de Lacan en sus fórmulas, acerca de aquellos que se dicen hombres o mujeres, desborda la oferta simbólica y parece reclamar un cuadro de múltiples entradas?

Voy a dar un rodeo, para regresar enseguida. Una nueva fábula construida sobre aquella de La Fontaine.

El murciélago Sigmund llega volando y dando chillidos al nido de su hija, pero al borde del mismo se le interpone Ernst, su yerno, quien lo para en seco y le dice: querido suegro, yo sé todo lo que usted hizo por el Psicoanálisis y por sus hijos, pero le aseguro que en este nido somos muy estrictos, y no estamos de acuerdo con la pornografía ni con esas tonterías del transgénero. Acá

no aceptamos a pájaros con tetas, no toleramos esos implantes que se ha hecho, de modo que no lo aceptamos en esta casa. ¿Dónde se ha visto un pájaro con tetas? Vuélvase volando por donde ha venido.

El murciélago se retira, entristecido por el rechazo de su yerno querido, y transformado ahora en Jacques huye como rata por tirante, corriendo presuroso a la cueva de su hija Judith, donde seguramente será bien recibido, precisamente por sus tetas. A las puertas mismas de la cueva lo para en seco su yerno Jacques Alain y le dice en tono firme: mi querido suegro, yo sé todo lo que usted hizo por el Psicoanálisis y por su hija, pero quiero decirle que en esta cueva somos muy severos con la cuestión simbólica, y no estamos para nada de acuerdo con el transgénero. ¿Dónde se ha visto un ratón con alas? ¿A dónde pretende usted volar? Vuélvase corriendo por donde vino.

EL murciélago da media vuelta, ni corre ni vuela sino que ahora reptar, desposeído de nombre y de clasificación entre las especies, y, musitando con su lengua bífida que en tiempos de La Fontaine seguro que se vivía mejor, se pierde en un hoyo en la maleza.

Esta nueva versión de la fábula me parece más cercana a la lógica del Psicoanálisis, puesto que se sostiene no como en la fábula original en el “o soy... o soy...”, sino en el “o no soy... o no soy”, lo que nos hace avanzar, aunque apenas un paso, en el asunto de la declaración, de especie o de sexo. Nos acerca al modo en que el primer tiempo del sofisma de Lacan lo plantea: un hombre sabe lo que no es un hombre. Afirmar lo que sí es un hombre ya es otra cuestión.

Entiendo que la cuestión murciélago que Lacan introdujera tempranamente para situar las dificultades para el analista para ubicarse como profesional o como científico, y que remeda las dificultades que Freud tuvo para ubicar al Psicoanálisis como una ciencia que refuta los principios básicos de ciencias oficiales, al pretender dar una lógica a lo inconsciente como producción de la misma dignidad que los procesos conscientes, es a mi modo de ver el antecedente de otras maneras de plantear la dificultad, el antecedente de otros soportes para transmitirla.

Años más tarde Lacan propondrá considerar la relación entre el sujeto y el objeto soportándola en la unión punto a punto del borde de una banda moebiana con el borde de un disco. En esa empresa tropezamos con una dificultad, ya que en el sitio mismo en el que una superficie presenta una torsión mientras que la otra no, el encuentro entre los dos bordes arriba a una paradoja: al intentar poner en continuidad una superficie bilátera con una unilátera se produce un punto singular en el que ese punto es indistinguible de un agujero. ¿Es un punto, o es un agujero?

De nuevo años más tarde Lacan volverá sobre el asunto, pero ahora de un modo más radical: al situar la equivalencia del *sinthome* en ambos géneros, propone un nudo de dos consistencias en el que una de ellas se corresponde con el borde de una Banda de Moebius y la otra con el borde de un disco, y muestra cómo al destorsionar el borde moebiano lo que se consigue es torsionar el borde del objeto. A partir de esta maniobra tenemos legítimo derecho a preguntarnos si las presentaciones de estas superficies no nos engañan por el hecho de su forma de ser presentadas.

Bilátero o unilátero, punto o agujero, ave o mamífero, hombre o mujer, son todas formas de nombrar una diferencia que habrá que desplegarla en los tres registros para poder ubicar cuál es

el hecho de estructura que estamos considerando. Para ello es imprescindible cuidar cómo se plantean las cosas, cómo se las dice.

Otro tanto pasa cuando queremos situar la relación entre el analista y la ciudad. Son dos términos que pueden parecer opuestos, o contradictorios, o problemáticos. ¿Es el analista pájaro o mamífero, gavián o paloma? La extraterritorialidad fue un modo de avanzar sobre este asunto, un modo que me interesaba hace algunos años. Hoy les propongo otro modo, que no excluye el anterior. Les propongo extremar la relación entre el Psicoanálisis en intensión y el Psicoanálisis en extensión.

A mi modo de ver, la intensión en el Psicoanálisis se reduce al acto analítico, al instante de producción del acto analítico, al giro del discurso por el cual el objeto causa de deseo se hace agente. Todo lo demás es Psicoanálisis en extensión.

De este modo, es tanto Psicoanálisis en extensión el parloteo de las sesiones, la enseñanza en las instituciones, como los psicoanalistas hablando en la ciudad. Es Psicoanálisis en extensión la presentificación del grupo en la sociedad de analistas -en lo imaginario- como la del Complejo de Edipo -en lo simbólico- como los procesos de segregación -en lo real. Pero también hay de ello en la práctica del análisis, ¿o no hay momentos en la práctica de la transferencia que ésta se desliza por los efectos de identificación de masa?

En los análisis, como fuera de ellos, somos tomados por los diferentes discursos, el universitario, el histérico, el del amo. Es sólo por el discurso del analista que podemos leer los otros discursos y el giro de los mismos.